

Vosotras sois las reinas entre las flores; se lo diremos á los bosques, á los prados, á las mejoranas, á las campanillas.

El pájaro conversa con su hembra y se interrumpe para querellarla con su sonrosado pico pronto á los besos.

Dadnos muchos besos, alegrías efímeras, futuros pimpollos.—Nosotros los devolveremos á vuestras madres.

XII

EL CANTO DEL VIEJO PASTOR

Soy viejo; pero esto no, impide ¡oh adelfas, oh lirios!, todo género de cosas tiernas, cualquier género de frescos atractivos,

casarse, rayos de luz, hálitos, en los campos llenos de dulces voces y que el alba dore las llanuras, y el pájaro cante en los bosques.

Las flores escuchan la promesa de la mariposa; ¿la cumplirá? ¿Es una orgía, es una misa ese radiante sol de abril?

Un viejo más en la naturaleza no es otra cosa que un viejo que se va; hasta el mismo Querubín llegó siempre á la sombría abertura.

Soy viejo; pero con tal que ame, nada tengo que

echarme en cara, y la abeja irá del mismo modo á requebrar á la flor del melocotón.

El viento susurra, el agua refleja, el alegre conejo sale de la madriguera, la rosa se sostiene derecha como una moza casadera.

Las parejas se borran entre las sombras. Las grandes encinas echan fuera la luz. ¿Qué queréis que hagan los bosques, sino ocultar al amor?

Los nidos tienen al árbol por cómplice; el amor prende á los corazónes en su liga; preciso es que todo se cumpla según la voluntad del buen Dios.

Las hojas son las hermanas de las alas; un bosquecillo es un cercado; los bosques son complacientes con las bellas y á mí me parece que tienen razón.

¡Amemos! Es lo que abril prefiere. Con todos sus perros sin collares, Diana, indignada, inútilmente hace un ruido salvaje en el fondo de los jarales;

esa gran virgen feroz pierde su tiempo contra los amantes; el amor es la boca, y la boca es el rayo que hace juramentos;

¡Qué importan Diana y sus dogos! Cloe encuentra elocuente á Atis; á los bosques les gustan los diálogos puntuados con un beso frecuente.

La naturaleza es la inmensa alcoba, y así es como todo se pierde, y así es como todo se salva; Cupido es el niño experto;

es sutil, es soberbio; ¡vasto himeneo providencial!

Los gamos hacen el idilio en la hierba, el águila hace la epopeya en el cielo.

Se oyen murmullos de almas, toda la sombra es un gran estremecimiento; y si ya no sé la canción, señoras, todavía sé el compás.

XIII

CANTO DE LOS SUEÑOS

¡Hurra! ¡Hurra! Todas las puertas están abiertas, ¡hurra! ¡Smarra!, para nosotros que salimos de las aguas verdes y que venimos de la maleza negra!

Los hombres agitan los gladios, el látigo, la cadena, el incensario; nosotros corremos á lo largo de las playas y somos los pájaros sueños.

¡Hurra! ¡Hurra! Todas las puertas están abiertas, etcétera.

¡Que cada cual se encierre! ¡Que se secuestre! Cerrad la ciudad y venid á ver. Estamos en la sala ecuestre, sentados en el sillón del burgomaestre.

¡Hurra! ¡Hurra!, etc.

El sargento está de plantón.—¿Quién va?—Veterano, cumple tu deber. Revoloteamos en la calle al rededor de su cabeza áspera.

¡Hurra!, etc.

La noche siembra sus perlas de ámbar. ¡Cerrad el tabuco y el manson á doble vuelta! Estamos en diciembre. Bueno, ¡ya estamos en vuestro cuarto!

¡Hurra!, etc.

Rubias jóvenes y ancianos calvos, corred vuestras cortinas, es de noche; y ahora, en vuestras alcobas, ¡mirad como lucen nuestros ojos salvajes!

¡Hurra!, etc.

Cerrad vuestros ojos, dormid, profanos; sed vuestro propio apaga-luces. Nuestros diáfanos murciélagos agitan las alas bajo vuestros cráneos.

¡Hurra!, etc.

Nosotros soplamos la ceniza y las llamas, el amor, el luto, el miedo, la esperanza; cerrad vuestros corazones, hombres y mujeres; nosotros hablamos en la obscuridad á vuestras almas.

¡Hurra!, etc.

17 marzo 1854.

XIV

LA CANCIÓN DE JACQUEL EL MARINO

El amor toma las de Villadiego (1) como un canalla, haciendo diez nudos en un buen lugre en alta

(1) *Lamour f... le camp comme un b...* En esta y en otras frases de esta canción es imposible toda traducción más ó menos literal.

mar. La hermosura pasa—¡zarabanda!—como pasa el contrabando en Saint-Omer.

Mi abuelo era un gran chusco. Tú no le llegarías al hombro, tambor mayor. Y mi abuela—¡farandola!—era hermosa como un ídolo dorado en oro.

La señora, nada averiada, era duquesa y casada con el dinero (1). Y mi abuelo—*la bourrée* (2)—le dijo una noche: Adorada mía, soy sargento.

Y mi abuelo propuso á mi abuela hacer á mi padre calentándose; pero mi abuela—¡la gavota!—pero mi abuela era devota, é hizo el niño.

XV

TONADA DE LA PRINCESA DE ORANGE

I

Ven, oh tú á quien adoro, tu paso es más alegre que el viento de los cielos; ven, los ojos de la aurora son divinos, pero tus ojos me miran mejor.

Abril es la juventud; ven, salgamos, la casa, el cercado, la cárcel, el hogar, la sabiduría nunca han tenido razón contra la estación.

Por poco que tú quieras, seremos dichosos; mira, el alba está encima de las techumbres y el agua corre bajo las hojas, y en los bosques se oyen voces del cielo.

(1) Por el dinero, no por afecto á su marido.

(2) Como zarabanda y farandola, la *bourrée* es el nombre de cierta danza popular y también de su aire ó tonada.

Todas las cosas dulces, la golondrina al regresar á la torre vieja, las canciones y las rosas y la claridad del día son hechas de amor.

Amar es la primera de las leyes del Dios clemente. El bosque es encantador; y lo que se hace amando es luz y firmamento.

Hermosa, en la muerte todo cambia; el cielo se abre embalsamado, soberbio, inflamado, y nos dice: ¡Ven, sé ángel! Pero el que no amó lo encuentra cerrado.

II

Pero en el bosque, recélate de los amores inocentes; el hombre es la chispa, la mujer es el incienso.

Acostaos en el musgo, durante el hermoso mes de mayo; lo que hay de más dulce es cuando se es amado.

Recorred las almedillas, las fuentes, los matorrales; al rededor de las muchachas cantarán canciones.

En cuanto una mujer ama, en el fondo de su espíritu brilla el alma misma; en el fondo de su espíritu florece una rosa.

Vosotros que queréis llamas, vosotros que queréis flores, buscadlas en las almas; buscadlas en los corazones.

XVI

CANCIÓN DEL BOL DE PONCHE

Soy la llama azul. Habito en el arrabal, en el valle, en el ribazo; bajo el tejo y el alerce, vago en el Père Lachaise, vago en el Camposanto.

El agua brilla en el crepúsculo; el transeunte montado en su mula hace un signo de la cruz; su perro baja la cola; yo soy la llama azul que danza en el fondo de los bosques.

La noche extiende su ala; *De Profundis* se mezcla á Traderidera; los muertos abren su ataúd. ¡Espectros, al cementerio! ¡Máscaras, á la Opera!

¡Mozo, ponche! Llego, soy el convidado azul, el espíritu de los lagos descoloridos, el enano de los juncos melancólicos; vengo á besar las rosas después de los nenúfares.

¡Bebed, muchachos y doncellas! Otras han sido bellas; otros han sido guapos. ¡Reid, regocijadas tropas! Yo salgo de sus tumbas para danzar sobre vuestras copas.

Sube á tu cuarto, lleva tu carbón, cierra tu puerta, enciende la luz; es de noche. Mira en tu cuchitril tu estufilla negra columbrando como una máscara de ojo encarnado.

Otros beben; tú te mueres en la obscuridad; tu ojo

sombrío se apaga, tu frente palidece; yo estoy allí, te alumbro y he dejado su copa para bailar sobre tu cama.

XVII

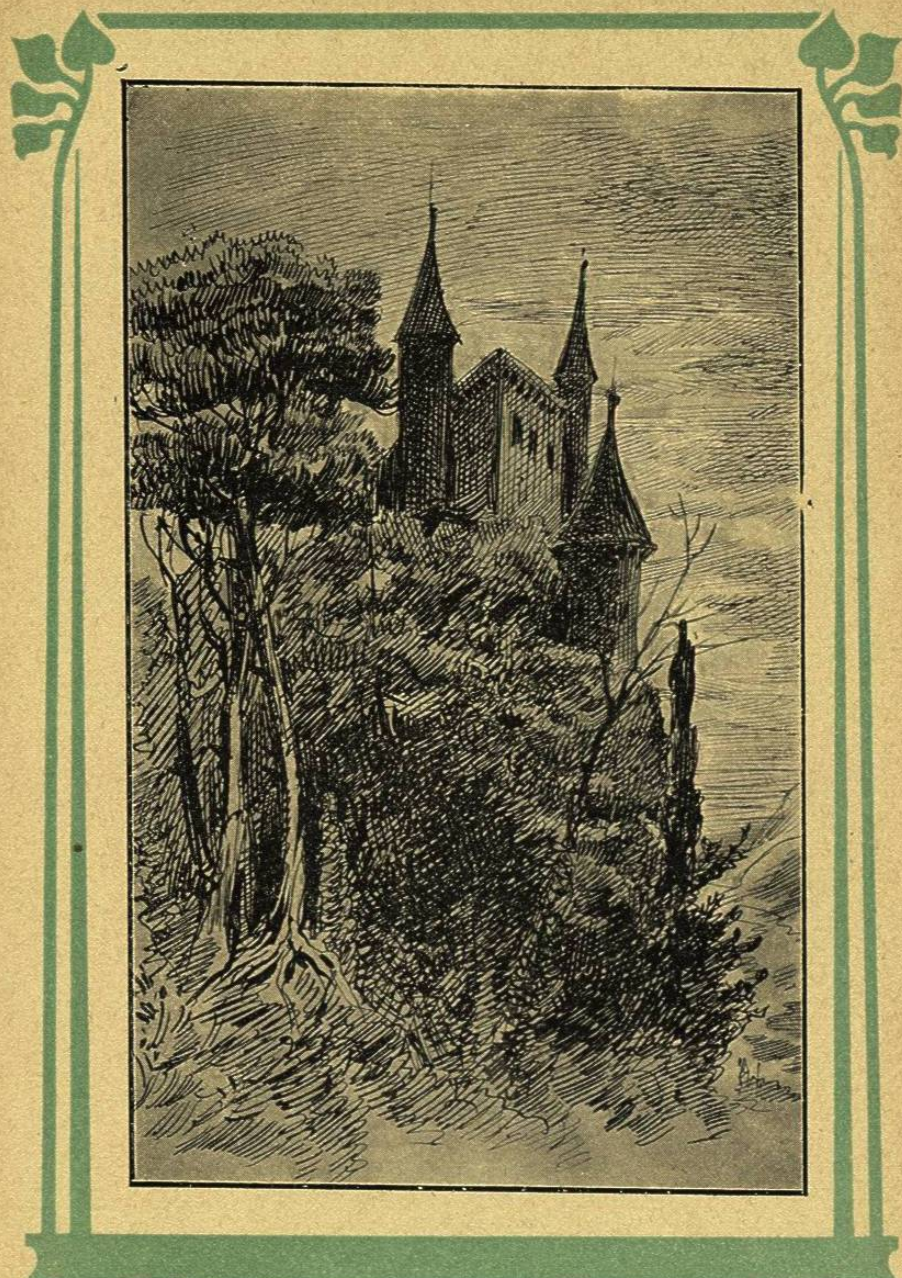
EL CASTILLO DE L'ARBRELLES

DANZA EN RUEDA

Ve, aldeana, á coger la fresa y la frambuesa en los campos, los días hermosos. A ocho millas de Amboix, á dos millas de Tours, el castillo de l'Arbrelles, rey de estos contornos, se levanta con sus torres, sus torres y torreones. En los días hermosos ve á coger la fresa y la frambuesa, á ocho millas de Amboise, á dos millas de Tours; allí están las torres, las torres y los torreones del castillo de l'Arbrelles, bien conocido de los buitres.

Coged, Teresa y Juana, la frambuesa y la fresa; riámos, bailemos, amemos, el cielo está contento de ello; burlémonos, burlémonos de los sermones. El castillo de l'Arbrelles, que nombramos cantando, yergue sobre los viejos montes sus torres y torreones. Riámos, bailemos, amemos; coged, Teresa y Juana, la frambuesa y la fresa, burlémonos de los sermones. Allá, sobre los viejos montes, se yerguen las torrecillas del castillo de l'Arbrelles, bien conocido de los demonios.

Coged, hijas de Amboise, la fresa y la frambuesa. Los demonios, los buitres, han cambiado de cara desde los tiempos antiguos. Torres de siniestro augu-



rio, la hierba crece en vuestros patios: ¡desmoronaos, feas torres! El cielo estará contento. ¡Amemos, los años son cortos! Coged, Teresa y Juana, la frambuesa y la fresa. ¡Oh bellas!, nuestros amores para robar vuestros encantos, para llenaros de lágrimas; los demonios son nuestras almas, nuestros corazones son los buitres.

XVIII

CANCIÓN DE GRAVOCHE

¡Ran, tan, plan! ¡Dobla, tambor, dobla más! ¡Pan, pan, pan! ¡Pif, paf, bum! ¡Ran, plan, tan, plan! ¡Hermosa aurora!

Hacen enfadar á los reyes; ven en su socorro, burgués, con tu entusiasmo, tu paraguas y tu asma.

Dobla más, dobla, tambor. ¡Hermoso día!

¿Se necesitan reyes á la cabeza de los pueblos convertidos en bestias? Tú, cañón, dices sí; yo, el suelo, digo no.

Ran, tan, plan, etc.

Y tú, viejo traperero, toma tu garfio y tu canasta, porque ya es tiempo de que recojas á todos los reyes y á todos los príncipes.

Dobla más, dobla, tambor. ¡Hermoso día!

Ese montón de tronos traquetea; tíralos todos á tu posada, desde el rey Dagoberto al emperador Gobert.

¡Bate, tambor, bate más! ¡Ran, tan, plan, pan, pan! ¡Pif, paf, bum! ¡Ran, plan, tan, plan! ¡Hermosa aurora!

XIX

OTRA CANCIÓN DE GRAVOCHE

El señor Prudhomme es una ternera que se constipa del cerebro al más pequeño viento fresco que hace. Prudhomme es la zapatilla que se pone un rey bajo sus talones para andar hacia atrás.

Yo hago la canzoneta, haced el rigodón. ¡Ramponneau (1), Ramponnette, don! ¡Ramponneau, Ramponnette!

El Prudhomme tiene pesadumbres; llora sobre el progreso, por sus salarios que se encantan, por los reyes, coches de alquiler por horas, por su caja, y por el fin del mundo en que se tenía hambre.

Yo hago la canzoneta, etc.

(1) Juan Ramponneau (1724-1802), famoso tabernero parisién.

LA CUERDA DE BRONCE

...Y añadido á mi lira una cuerda de bronce.

Las Hojas de Otoño.